



ANTONIO
ESPINA

Escribir en España es llorar, decía Larra. Y Cernuda corregía: Escribir en España es morir. Antonio Espina, que acaba de morir en Madrid —donde había nacido hace setenta y siete años— quizá pensaba que no merecía la pena escribir en un país en el que, como solía decir don Antonio Machado, nadie lee. En otro país hubiese tenido Espina, como escritor de talento que era, estímulos suficientes para seguir escribiendo y publicando. Prefirió, sin embargo, el silencio, y con él el olvido. Y se limitó a sobrevivir con los escasos ingresos de unas colaboraciones en periódicos de Hispanoamérica. Sobre decir que Espina ha muerto pobre, como vivió, fiel a la tradición del escritor español —¿no murieron pobres Machado y Valle Inclán, León Felipe y Cernuda?—, y que a la hora de su muerte la prensa madrileña, salvo alguna excepción, ha guardado un riguroso silencio. Silencio, tanto más lamentable cuanto que Espina fue no sólo un estupendo escritor, sino un periodista activo que rindió buena parte de su mejor obra en las páginas de los periódicos y perteneció a la Redacción de El Sol, Heraldo de Madrid, Crisol y Luz. Colaborador de importantes revistas —La Pluma, España, Revista de Occidente, La Gaceta Literaria—, dirigió con Joaquín Arderius y José Díaz Fernández, la revista de izquierda Nueva España, en un período decisivo para la instauración de la República: 1929 a 1931.

Pero antes que periodista fue Espina poeta y novelista. Como poeta debutó en las revistas de ultraísmo —Grecia, Cervantes...— y publicó dos libros: Umbrales (1918), de tono amargo e irónico, superando la herencia modernista, y Siguario (1923), más cerca ya del ultraísmo. Aunque Espina enjuiciaba severamente el ultraísmo como escuela literaria, le parecía fértil como movimiento iconoclasta. "Si como escuela literaria no es nada —es-

cribía en la revista España, en octubre de 1920—, como fermento nihilista, subversivo, ácido, nos parece admirable... En este sentido soy del ultra hasta la médula de los huesos... Hace falta anarquizar, oxigenar, liberalizar. Vivimos todavía en tiempos en que decir que Nuñez de Arce era un poeta de cemento armado, o que Campoamor —como escribe Baroja— hacía aleluyas de notario triste, produce consternación a las personas ortodoxas".

Si se quiere buscar una influencia en el Espina poeta, hay que recordar, como ya lo hizo Díez-Canedo, a Valle Inclán. El arte de Espina está más cerca del esperpento —aunque un esperpento más sutil que el de Valle— y también de Quevedo, cuya vida escribió. Lo español está muy metido en los huesos de la obra de Espina, que continúa la tradición literaria —ironía, amargura, humor sarcástico— de Quevedo y de Larra. Fue quizá Juan Ramón Jiménez el primero en ver el trasfondo romántico del talante y el perfil literario de Espina, al compararlo con el de Larra en la estupenda semblanza que le hizo en 1928, incluida en su España de tres mundos.

Prosista de la generación del 27, Espina cultivó con fortuna la novela y el ensayo. La primera, en la línea de novela intelectual y rica en metáforas —Pájaro Pinto, Luna de copas— que nutrió la colección "Nova novarum", con que Ortega, en sus ediciones de la Revista de Occidente, abrió cauces, cierto que minoritarios, a los novelistas de vanguardia. Como ensayista dejó dos libros —Lo cómico contemporáneo, El nuevo diantre (1927, 1934)— muy a tono con la época intelectualista y lúdica que vivió su generación. Por último, no se puede olvidar el Espina biógrafo, que acertó a darnos algunas vidas interesantes, sutilmente escritas: Luis Candelas, Julián Romea, Ganivet, Quevedo, Cánovas... Como tantos escritores españoles, también Antonio Espina tenía su libro prohibido: El cuarto poder, una historia de la prensa española editada por Aguilar.

Represaliado por la guerra civil —la cárcel, el exilio, y la vuelta a una España que le desconocía—, quizá ahora —la hora de su muerte— sean buscados sus libros de escritor representativo de una época y de una esperanza que Espina vivió a fondo y que no tardó en ver derribadas.

■ JOSE LUIS CANO

taurus
ediciones,
s.a.

Angela Selke

LOS CHUETAS
Y
LA INQUISICION

Gabriel Celaya

INQUISICION
A
LA POESIA

E. C. Riley

TEORIA
DE LA NOVELA
EN
CERVANTES

taurus ediciones,

PLAZA DEL MARQUES DE SALAMANCA, 7. MADRID-6